Esteban Cid

Resurrección de los cuerpos

(Poesías)

2009

Por suerte había personas
a quienes ofrecer estas horas:
las que perduran, las que acompañan,
y las que me fabrican la esperanza

I

Liminar

Antes de esta memoria fuiste un instante y un salmo,
eras la ilusión en un río entre árboles y verano;

y fuiste también un sueño y primero la semilla,
aunque naciste en palabras y con ellas la poesía;

y antes de las certezas fuiste duda y quizás pena,
pues cuando mirabas las manos no temías la esencia;

y antes, mucho antes, fuiste idea, fuiste abrigo,
eras agua y tierra y aire y fuego. Y destino.

Sábado a la tarde

Una tarde cargada de amaneceres,
plena de palabras al vuelo,
nadie esperaba a nadie
cuando ella llegó
con sus jeans ajustados
y su mirada volátil
y los labios diciendo.

Recargó su vaso
saltando las murallas de su miedo,
miró mis ojos y mi historia,
y habló
(posiblemente haya estudiado los sonidos,
los rictus al decirlo,
pero no pudo:
eran mariposas en invierno)

Nada demasiado nuevo
en sus jeans que ceñían la vida
a las fronteras de la vigilia
y la razón,
nada que no hubiese soñado
mezclando recuerdos y pesadillas,
otras tardes repletas de amaneceres,
lejanísimas,
(menos curtido la carne, más grácil el alma)

Y se fue
con el cuerpo enfundado en el deseo
un sutil balanceo que se despedía
de mis ojos,
aquellos que ya no volverían,
que quedaron colgados de esa tarde
como sombras que penden de un hilo.

Tarde soleada

En el borde del viento
donde se disecan las mariposas antes o después de la última danza,
allí habré de esperarte
–como si esperar fuera algo,
algo más que una agonía cotidiana–
para hacerte preguntas
–palabras que calcinan las manos y las madrugadas–

sin esperar las respuestas donde
se disecan las mariposas antes o después de la última danza

Después del concierto

Cuando alguien corre, en medio de la alta madrugada –al encuentro de alguien–,
efímera y misteriosa ilusión de que algo hubiera, allí – lejanías transitadas–,
y llega y se encuentra y advierte y se sonroja –y por suerte las sombras lo ocultan–
y conversa y se apasiona y se excita y se exhausta –pequeños esfuerzos de este mundo–
y despierta
–sin nada–
algo entonces se quebrará en la línea del ensueño, algo en la vigilia
demostrará nuevamente su certeza –quizás el marrón en tus ojos–,
algo que deviene desde el comienzo de los tiempos –pero que uno sigue descreyendo–
un repiqueteo de ciertas ideas que machacarán sobre otras, más ilusas,
una sutil negación de lo que hubiera – de lo que habría, o que no hubo–,
la confirmación permanente del error, una madrugada sin aguas:
una carrera embelesada hacia la nada,
un empezar a amarte en nueva muerte,
ah, permanente equivocación de las murallas.

Ruta 4

Hilos de agua en la vereda de tus ojos celestes
y una media luna grandota bien blanca y enfrente
que cubre todo el camino, al oeste.

Una despedida, un beso, una noche de eterno "hasta luego",
un no querer dejarte, antiquísimos miedos,
y regresar feliz: un nacimiento.

Noches repetidas y únicas de palabras y hechizos,
escarceos impávidos y cortejos furtivos:
esta vez seremos tres, contando al otro conmigo.

Y seré nuevo en el agua nueva; un pasado en el futuro,
recorridos que terminan más allá de tus brazos, tus suburbios,
mi yo en mis cabales, e inéditos errores para intrépidos mundos:
una media luna en la noche y al oeste, marcándome el rumbo.

En tu casa

Alguien siempre está esperando
que algo suceda,
ínfimos milagros sutiles y cotidianos,
algunas miradas, una presencia,
palabras algo más claras,
un reencuentro, un olvido, una quimera.
Somos seres en tránsito
y en espera,
dejando semillas en luchas
que nos marcan y que no cesan,
reverberos de la muerte
entre destellos de primavera.

Miércoles a la mañana

No pasa un minuto
sin que te extrañe,

y hoy más, no sé por qué,

hoy más, más te extraño
más te amo, creo

hoy más. No sé por qué.

Desnudez

Años tras mi muralla me dejaron indefenso frente a vos,
garabateando gestos y palabras que esperaban seducirte lentamente,
imaginando un día de íntima comunión, un sismo en mi fragilidad inmóvil,
un momento en que fuera posible lo imposible,
algo así como un beso en medio de un desierto –cuando la urgencia es el agua–,
un descubrirte al mundo de un modo no previsto,
algo
que ahogara las formas del desvínculo,
que nos atara al mundo –que poco invita a recorrerlo–,
que nos atravesara el alma en corrientes misteriosas,
que nos aunara,
y nos hiciera plenos.

Años de desear la felicidad en una esquina,
como reencontrar
una carta de amor perdida entre papeles,
con el yo sumergido en sus contradicciones,
pero en algún lado sintiéndose vivo, y fresco, vital y quizá eterno,
efecto de una historia, y no sólo su defecto,
expectante,
dependiendo de tus humores y tus silencios,
como un niño.

Años de ser quien soy,
para que despertaras mi letargo de monótonos días,
presentándote como la inasible idea, el motor incombustible
que intoxica las horas, las ilusiones
y mis motivos.

Tributo

Esto es amor: nadie nunca
resignó tenerte;
esto es amor: nadie de nuevo
moriría por vos, gratuitamente

En la puerta de tu casa

Cuando se separan,
diciéndose hasta mañana,
creyendo que el mundo seguirá con vida,
que ellos mismos seguirán presentes
–como si nada–
entonces comienzan las horas,
y no sirven las palabras.

Cuando dejan de verse
–efímeros instantes del presente–
alcanza con presentirse en el recuerdo,
sabiéndose al alcance de la mano,
y por siempre,
y presentes.

Saturday night fever

Es increíble,
escapé a mi submundo
para no pensarte
y te me aparecés en cada silueta,
en cada rostro que no era,
como si fueras,
y si estuvieras presente.

Ese es mi problema:
mis ojos que miran a tus ojos,
mi cuerpo que se estremece
adivinándote, ah,
acompañándome siempre.

Delectación morosa

Paradójica
        mente,
cuando estamos frente a frente
sólo puedo mirarte
y esconderme:
temor a desarmar el mundo,
a enredar las palabras,
y a perderte.

Insegura
     mente,

sólo puedo mirarte
para soñarte en las noches
y reencontrarte en las tardes,
entre silencios que pesan
y palabras que darte.

Sobremesa

No es fácil guardar diez años
en una década
ni es fácil conservar los mitos de los fantasmas ausentes que nos rodearon
quizás ilusionadamente:
uno es quien fue cada día sin saberlo,
intuyéndolo siempre, a veces, casi nunca.

Vivir es morir: es forzarse a la vida.

Esta noche espero lo que nunca ocurre,
ese milagro la chispa y el mañana.

Esta noche nos besaremos como nunca
                                        y con eso alcanza.

Cielo peruano

Y miro una estrella
que podría ser nuestra
para que te proteja
a la distancia
aunque no lo sepas;

espero que duermas
y un ángel a tu diestra
y mi amor en penumbras
hasta que vuelvas.

Grupo de estudio

Expectante
las sombras de los pasados
hacen futuros ilusorios en los ojos ametrallados
de ámbar y miel y se resisten
provocan la duda y callan pero parece que dijeran
en su formal silencio alguien quisiera que gritaran
el vaho las amígdalas el vaso los cuadernos
se reúnen acechando más allá de los libros que pululan
más allá de las dudas y las sombras los futuros
piden a gritos salir de la mente y materializarse
ser por un instante ser y para siempre
una pizca de vejez que se reúne con su infancia
la sal del misterio que arde sobre llagas
la mesa que aloja momentáneas fantasías pero nada
y la despedida,
que deja los sueños allí donde los ojos anhelaban.

Al mirarte

Hundirme en la espesura de la miel en tus ojos
como quien ingresa en un paraíso
un barco que cruza sin rumbo el Pacífico
para hallarte a lo lejos y casi al descuido
como no buscándote,
cuando nada garantizaba verte
y no pretendía encontrarte

Introspectivas

Al verlo mirarte
diciendo que ya no
que no va a enamorarse
que con diez años menos, como mínimo…
–y la vida de ahora–
sintiéndose frágil
acurrucado a tu lado
espiándote de costado
disfrutando
negándose y cediendo, a veces,
casi besándote
escuchando absorto
fantaseándote
casi queriendo
–y prohibiéndose luego–
yendo y viniendo
–dudando, sabiendo
intuyendo, temiendo–

sé que no lo hará, que esto le alcanza,
que optará por callar
hasta descubrir cuándo sufre.

Y lo miro: es un niño;
al fin es un niño perdido en el tiempo.

Aviso

No pretende olvidarte
tras años de buscarte y esperar:
apenas desea revivirse,
sentirse recorriendo una piel
que enciende el fuego de un momento
y se consume en cada llama;
implora momentos más allá de sus sueños
esos pequeños instantes de deseo
en los que valen los cuerpos, las manos, las lenguas,
todo eso;
no pretende olvidarte, no puede:

hace tiempo que carga sus fantasmas
y decidió –ya decidió– hacerlo.

II

Ellos, I

Sirve ver sus disfraces,
saber de qué se burlan,
conocer sus miedos
tras las máscaras y la bruma

Ellos, II

Algo entre la marea de cuerpos,
me dice que no pertenezco,
que abandoné mi pasado
aunque siga viviendo.

Algo de todo esto era mío,
allí estaba yo, también,
allí buscaba, y allí había:
hace mucho, mucho tiempo.

Ellos, III

Ellos hacen lo mismo que hacíamos,
ellos son ellos: el tiempo
que cayó de repente,
ellos son vos; y yo
miro queriendo,
miro sintiendo que soy
y que no pertenezco

Ellos, IV

Así de fácil, la vida

Así de fácil, entre ellos

Así estoy, afuera

Así camino; así distancio
el ser, el cuerpo.



Dile al mundo, poeta, tu página en blanco

IV

Revolviendo café

Ya sabés, no puedo ocultarlo:
conociste los restos del yo que antes fuera,
alguien que producía pequeños milagros,
y que nunca permitía temblores en su tierra.

Y ahora aquí estoy, diríamos, entregado,
resistiéndome a tus miradas, mis deseos, la sal nueva:
alguien que espera siempre ver tu primer paso,
pues te ha tocado en suerte
conocerme después que yo fuera.

Confesiones de invierno

No puedo decir que te amo
(a esta altura amar es una quimera),
tanto sufrimiento antes, tanto
pasó antes que naciéramos
que el mundo parece inmenso,

y amarte es inútil
si no das un leve movimiento,
un sencillo motivo,
un convencimiento,
algo que redima a los vivos
y que alivie mi cuerpo.

Insomnio

I

una madrugada
juego de dormir y no dormir
hábito de encontrar piernas que abrazar
pieles distantes pero todavía juntas

y despertarse frente a un espejo
solo y los ojos destellantes
y preguntarse qué ha pasado
dónde
el relato se cortó y sólo quedaron los despojos
este cuerpo tirado en una cama solo
una madrugada y yo haciendo frío

II

es tarde me digo pruebo el vino
cepas de fiestas y nada en el vaso
caminos errados que esperaban un limbo
y el yo siempre solo que se acostumbra a estarlo

una voz un teléfono una pregunta
un orden que nunca te sostuve ni ya me interesa
hay partidas y hay nacimientos en mis cajones
donde guardo fotos y recuerdos
inmateriales instantes de lo que fuimos
y ya nunca seremos
y quizás nunca tuvimos

III

había empezado a entenderme
explicar el letargo de estos años
mis ojos dormían y engañaban la mente

en sueños borrosos

no me interesa saber qué te pasa
con estas fuerzas apenas si logro
bañarme afeitarme comer cada tanto

hay a lo lejos una vida sin vos
pero cuesta tanto

El establo

Dijo mi dios:
conozco este pueblo como si lo hubiese creado,
sé dónde se esconde cada fauno,
cada pecado inútil
y cada pasado.
Creé este pueblo
con la sangre de mis restos,
con mis designios y con mis pasos,
en mis noches recorrí sus calles,
y en las mañanas devolví las simientes,
sólo para mantener el cosmos
en su antiguo estado.
No importa el tiempo, no vale cuánto,
siempre vuelvo a mi pueblo,
vuelvo
a nutrirme de los monstruos que he creado

Actos de habla

Nombrarte sería ilusorio,
desdibujarte en el orden de estas cosas

un nombre en un bautismo sin dioses
pura ilusión de razón donde
innominándote preservás tu esencia,

oh, ojos al viento,
oh, noche serena.

Remembranza

Hay domingos grises
en los que confluye la sangre de otros días soleados
en ráfagas de recuerdos que acarician y azotan:

dos personas en el mundo se despiden y se lloran

en silencio.

Hay domingos grises
en los que la lluvia se parece a aquella en aquel patio
y una mañana intranquila que preludia el ocaso:

dos personas en el mundo no se hablan ni se miran

en silencio.

Hay domingos grises
en los que la noche cae pesada como una catarata
rendida ante la felicidad taciturna, indescifrada:

dos personas en el mundo se amaron y partieron.

Y el silencio.

Mesa de pool

A veces extraño el infierno,
sólo a veces, sólo a ratos,
como si necesitara llegar al inframundo,
cadáver de mí mismo,
destruido y solitario,
para recordar las bacanales,
esos ilusorios placeres de tu carne llameándome
yo y permitiendo
–pobre humano sediento–
en medio de mi infierno,
perdido en la ignorancia.

Ahora que sé, ahora que soy,
ahora que el infierno queda lejos,
recuerdo tus tretas, tu infierno y, ay,
sólo recuerdo.

Madrugada

Algo nace, algo muere:
algo carece, todavía:
somos un cúmulo de desacumulaciones:
buscando espacio: conocernos.

Cada día te pienso más: te tengo
del modo como es posible;
en medio de vida que se diluye
estás presente:
siempre ausente.

Hombre que contempla el pasado

Ahora,
cuando el problema se redujo al relato,
quedás simplemente en sucesos

de diccionario.

Ya no son seguros los recuerdos:
son lenguaje

(antes fueron algo)

Ya ni sé dónde estuviste
en aquel verano.

Mientras,
amasé las palabras domándolas en olvido: cuando
más creía abarcarte,

más lejos,
    más verbo.

    Más pasado.

Cena en diciembre

Un cuerpo en cuyos huesos se tatuaron los días del camino,
rastros de mañanas cuando abríamos los ojos
y nos veíamos juntos,
con el sol por la ventana como prendiéndose de las cosas
y recubriéndonos las pieles que entraban en contacto:
éramos partículas del cosmos en su misteriosa felicidad,
su confinado elemento entre cuatro paredes,
el aquietarse un instante los mares bajo nuestros dedos,
recorriéndonos en los aromas que refulgían en nosotros;
brotaba luz de tus ojos, mágicamente verdes,
y yo me hundía tras ellos en comunión con la vida,
ausente de mí mismo, como adormecido,
transportado al regazo donde un niño se sentiría seguro,
disgregando mi ser más allá de tus palabras,
descomponiendo en vos mi cuerpo,
un cuerpo en cuyos huesos se tatuaron los días del camino.

Perdiendo mi religión

juego con el pecado y no hay dios que me salve
juego con el pecado y, ay,
dios no me salva;

dios no me salva cuando juego con dios,
con los dados del pecado,
y no hay dios que me salve, ay,
en estos dados.

Dificultad

Por qué
más de diez años después
veo tus gestos en otros gestos
anónimos nombres tras un nombre concreto

Siete y medio

Y perdí de nuevo, sin haber jugado,
arrimando las fichas al paño novato.

La noche que fue larga noche
no bastó, no logró dominar ese sueño;
endulzó los oídos, fragancias añejas,
pero no perduró en las sombras.

Porque no supiste –eso decís.
Porque no quisiste –eso le decís.

Y la semana que se hacía larga murió entre tus manos,
y las palabras agazaparon la presa en tu mente,
y las miradas no podían mirarse frente a frente.

Algo se había perdido, algo se estaba perdiendo,
arrimando las fichas al paño novato.

Y perdí de nuevo, sin haber jugado.

Soliloquio

Fuimos dos
donde ahora hay un vacío,
donde vidas sin agua
se derretían frente al río.

Y no añoro
más que la costumbre del cauce,
entre el miedo a ilusionarme,
y la soledad que no cesa.

La mente responde

No, corazón,
no hay nada
que pudiera acercársete,
ilusionándote,
renovarte:

el amor es una lluvia que siempre llega tarde
y moja las palabras que no pueden ser un beso

Alguien escribe letanías para alguien
que allá, lejos, ni lo sabe

No, corazón,
no hay nada
que pudiéramos ofrecerle,
ilusionándose,
renovarse:

este amor es una estepa donde el pasto no alimenta

Regreso sin llaves

Lazos del submundo
que se conectan
debajo de los músculos
de Ámsterdam a Nueva Guinea.

Seis mil millones,
y uno tocando a la puerta.

El refugio

Un atardecer en la playa
a sabiendas del sol imposible
y las páginas del horizonte
allá lejos
siempre evocando el tránsito
de la quimera que se corre y se subleva

–el silencioso roce de los cuerpos
que se han visto y dejado
quizás amándose–

en tertulias de recuerdos impasibles en las olas,
proyectos de pasados que no fueron presente
y que aún punzan

–sólidos edificios en la arena
que se continúan y sostienen
infinitamente–

Un atardecer en la playa:
la rebelión de la mente
para revertir un futuro
que lame las costas
y huye al horizonte

Visitante

Un hombre dibuja trazos en la arena mientras las olas del mar invariablemente se dedican a borrarlos.
Y sin amedrentarse ni sentir rencor repite la tarea, una y otra vez, sabiendo de antemano su fracaso.
Se dibuja, en cada línea borrada se deja a sí mismo, regalándose, entregándose al océano.

Muestras de amor que nadie comprendería, en estas costas de lógicas cerradas.

De este lado.

Epitafio

Cómo retenerte,
cómo cristalizar un momento
cuando apenas nos vemos
cuando siquiera animamos nuestros miedos
para reconocernos.

No sé si podré seguir:
soy cansancio en el tiempo.

Sabrás que estuve
por estos versos.

SMS

Pensándolo bien
soy visible
transparente según dónde,
soy el eje
alguien me llama esta noche
–alguien llama, todavía–
y no es tu número, no sos vos,
no es lo que quiero,
aunque haya venido

no soy tu yo, ahora apenas soy,
dejando ser algo que brota de mí mismo

Aeroparque

Alguien que regresa de sí mismo
(no siempre alguien se regresa),
alguien que es su avión y su aeropuerto,
que abandona sus pesares y sus furias,
y se reencuentra con su otro allá, lejos,
y abrazándolo se abraza
(y se abrasa)

Alguien que regresa, una mañana,
con alguien en su adentro, donde
ahora se entibia la esperanza.

Resurrección de los cuerpos

Los recuerdos que me traen
me construyen
rehúyen
me dejan aquí, sentado, contemplándome como recién nacido
sonriendo levemente:
comienza un nuevo día –me digo
me convenzo me estremezco: me merezco–
y tengo mis recuerdos en alforjas invisibles
y me tengo,
          todavía
–increíblemente me tengo, quién diría–
y me rehago en mi camino:
a veces hasta miro de frente
me miro a los ojos
a veces me ilusiono con futuros

          y hasta comprendo el presente.



Barthes

Alma desolada
en busca de la insignificancia,
el resto de la vida en el fondo de una taza,
(amores bebidos a las apuradas),
conejos sin galeras y sin hadas
en cuentos que nunca me narraras,
finales que escondiste en tus palabras
para que yo no callara.

Alma desolada,
búsqueda de una emboscada.

Freudianas

A los doce años
Creo haber buscado conocerte,
Eras una mujer grande y famosa en mi mundo
Infantil y solitario

Hoy mucho de aquello
Ya no existe,
Por suerte ya no pienso como entonces
(Por suerte el mundo ya no piensa como entonces)

Y a pesar de todo, todavía,
Creo que te busco, o al menos, creo que todavía me importa,
A veces hasta desoigo tus aberraciones
Y las más de las veces
Te perdono.
Creeme:
Las más de las veces te perdona
Ese niño solitario que te busca,
Todavía.

Proyectos

Un *no* es una respuesta que da vida:
un desafío a las ideas,

con la pelea cotidiana entre las manos,
durmiéndose y previéndonos los sueños,
y despertarse sabiéndonos camino.

Un no es una respuesta que no admito
cuando somos nosotros,

cuando cae la tarde y pareciera la noche

y te miro
y en tus ojos brillan los amaneceres

Jere

El único amor,
el que vale la pena,
con sus ojos inocentes,
quizás me espera
para contarme sus fantasías
y jugar un rato
con este cuerpo muerto
que llevo a cuestas

Nadie podría entenderlo.

Y si alguien hubiera,
estaría aquí, conmigo
(quizás a mi lado,
durmiendo,
para evitarme estos sueños)

Nadie podría entenderlo.

Decir antiguo

Una noche que empieza con tus ojos
y termina en los míos y en el llanto.
Una noche en que, fértil, el encanto,
me convirtió en ruinas y despojos.

Una noche fatal, donde la muerte
nuevamente sembró semilla rancia,
y la vida corrió, y tu fragancia
fue perfume de ausencia y de perderte.

¿Qué profunda venganza te invadió
y te llevó a dejarme en esta hoguera?

¿Por qué antiguo dolor debo ser yo
quien cosecha las sombras de la tierra?

Una vez que el olvido germinó
sólo resta vivir como cualquiera.

Resurrección de los cuerpos